

San José, Costa Rica

1925

Lunes 23 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Noches syracusanas*, por R. Brenes Mesén.—*Torbellinos*, por Alberto Masferrer.—*Mi voto*, por Enrique José Varona.—*El hombre que era perro*, por Pedro Henríquez Ureña.—*Conversaciones verídicas*, por Salomón de la Selva.—*La muerte del «chotis»*, por J. de la Luz León.—*Tablero*.—*Don Miguel Samper*, por Carlos Martínez Silva.—*Mencha González* (Varios. Homenaje).—*En la tierra de Renán. La casa natal*, por Cornelio Hispano.—*Página lírica* de María Enriqueta.—*La juventud radical de Colombia y el centenario de Rafael Núñez*.—*Los primeros versos de Rubén Darío*, por Arturo Torres Rioseco.

Noches syracusanas

1. La trompeta prodigiosa

Si como los de Julio César hubiesen sobrevivido los Comentarios de Lucio Cornelio Sila, cuán bellas páginas tendríamos acerca de la agitada vida de este favorito de la Fortuna! Patricio de origen conoció la adversidad en su juventud, viviendo en modesta casa de huéspedes.

Fué de altanero continente. Sus brillantes ojos azules solían mirar con fiereza; fué su tez blanca y rubicunda; su cabello, una llama de oro. Toda su prestancia, de varón ilustre. Si bien atribuyó gran parte de su éxito, sus victorias y prosperidad a la divina Fortuna.

Su tipo no era el corriente entre romanos. «Harina amasada con moras»—dijo de él algún epigramático ateniense, quien probablemente le miró de cerca tras la toma de la ilustre ciudad del Atica. No parece, pues, que Sila hubiese pertenecido a la raza en que nació. Me place suponer que fué un hermoso bárbaro blondo nacido entre los Cornelios para dar principio a la destrucción de la majestad que fué Roma. Sila fué un civilizado precursor de los bárbaros. Puso fuego a la ciudad, mató, proscribió, empobreció ciudadanos romanos, como el mayor enemigo de la orgullosa Roma. Verdad es que Mario meditó la sedición que trajo aquellos efectos, pero Sila no dió merced ni cuartel. La sangre que por su causa se derramó veló de púrpura el horizonte por donde se alzaba la aurora de una nueva raza, como él con ojos azules, como él con una llama de oro en la cabellera.

Y no apareció esta nueva raza sin un prodigio que la anunciase, precisamente cuando Mario se disponía a destruir a Sila. En la vida que de

este varón escribió Plutarco léese así: «...y lo que es más extraño todavía, hallándose la atmósfera despejada y sin nubes, se oyó el sonido de una trompeta, que le dió muy agudo y doloroso; de manera que por lo penetrante los aturdió y asombró a todos. Los inteligentes de la Etruria dieron la explicación de que aquel prodigio anunciaba la mudanza y venida de una nueva generación; porque las generaciones habían de ser ocho, diferentes todas entre sí en el método de vida y en las costumbres, teniendo cada una prefinido por Dios el término de su duración dentro del período del año grande; y cuando una concluye y ha de entrar otra, se manifiestan señales extraordinarias en la tierra o en el cielo, en términos que los que se han dado a examinar estas cosas y las conocen, al punto advierten que vienen otros hombres, diferentes en sus usos y en su tenor de vida, y de los que los Dioses tienen mayor o menor cuidado que de los que les precedían. En todo hay gran novedad cuando se verifica este cambio en las generaciones, y también la ciencia adivinatoria o aumenta en estimación, acertando en sus pronósticos, porque el Genio envía señales claras y seguras; o decae en la otra generación, dejada a sí misma, y no pudiendo emplear sino medios oscuros y sombríos para conjeturar lo futuro. Tales eran las fábulas que divulgaban los Etrurios, que se tienen por más inteligentes y más sabios en estos negocios que los otros pueblos.»

Y haréis bien en tener cuidado con este hondísimo Plutarco que conoció de las cosas secretas del espíritu como pocos hombres de la decadencia greco-romana. Sus ojos discernirían, en la estruendosa catástrofe que

conmueve a la humanidad porque no ha cesado aún, los signos claros de la llegada de una nueva generación. Los Marios de 1914, cuando preparaban la ruina de una civilización exhausta, han podido oír la prodigiosa trompeta anunciadora de una nueva raza para una nueva civilización, apenas asomando en el horizonte.

22 de Agosto, 1923.

2. Sentidos ocultos de las aves

¿Cómo descubren en el aire movido los para nosotros invisibles senderos de su hogar las aves migratorias?

Se ha dado muerte a un perro, se le arroja en la concavidad de una calera en sitio escondido a toda mirada. Tres horas más tarde, venidos de una distancia de ocho millas, dos buitres están celebrando fúnebre festín. ¿Cómo lo descubrieron?

Los ornitólogos se creen, pues, autorizados para suponer que las aves poseen por lo menos tres sentidos ocultos: el uno para volver a su hogar, allí donde la vista no explica el hecho; otro para dar con su alimento; el tercero para encontrar su pareja.

«Y en esto no hay nada de sobrenatural»—dice el ornitólogo.

Son de compadecer ciertos hombres de ciencia. ¿Quién necesita recurrir a lo sobrenatural para explicar todo esto cuando nos vemos a cada instante en presencia de esa infinita inteligencia de la Naturaleza.

¿Sabemos acaso todo lo que ella es, lo que contiene y lo que puede? Todos los imposibles humanos son posibilidades en la Naturaleza. Aun los imposibles que no hemos concebido son realidades en la Naturaleza.

Naturaleza que permitiese un Sobrenatural, mezquina cosa, creación

contrahecha del hombre sería. Lo único que podemos afirmar acerca de ella, sin temor de errar, es que se halla regida por leyes, y por leyes inteligentes. La existencia de la Naturaleza, su supervivencia son de ello la única prueba fedante.

Si el ornitólogo acepta nuevos sentidos en las aves debe aceptar órganos correspondientes que desempeñen la función y en tal caso hay que declarar francamente que se ignoran la anatomía y la fisiología animales. O se aceptan funciones especializadas sin órganos correspondientes—lo cual nos lanzaría en el caos de los monstruos.

Cuán sencillo, sin embargo, sería explicar todas esas actividades concibiendo las inteligencias del grupo o los grupos monádicos dirigentes de la especie. Cada ave es como una célula del grupo, independiente en la apariencia, en realidad atada a él por lazos vivos y reales, por más que invisibles. ¿Acaso los psicólogos que estudian lo que llaman el alma de las multitudes no se han visto obligados a admitir que los seres humanos al formar las muchedumbres se transforman en algo así como las células independientes de un más vasto organismo—o superorganismo—con sus instintos y sus impulsos propios y desligados de la conciencia individual de las personas del grupo? Si tal acontece con hombres, ¿por qué no habría de acontecer así con los animales que aún no han salido de su estado gregario?

Pero esto es ya entrar en el reino de una psicología profunda que aún no ha descubierto la Ciencia de nuestro tiempo, si bien fué patrimonio de la de otras viejas edades.

3. La prisión de un Sático

La Naturaleza recuerda. Su memoria es infinita. Lo que los hombres, las generaciones y las razas olvidan, ella lo guarda cuidadosamente en su memoria. No ha olvidado el primer grito del hombre que aún resuena en su memoria, ni el primer pensamiento de Dios.

Es susceptible de impresionarse, de conservar y de reproducir que son los tres procesos fundamentales de la memoria. ¿Por qué no habría de poseer una imaginación?

Pregunta absurda. Cuanto existe debe su forma y su ser a esa imaginación, también infinita, de la Naturaleza. Ella crea las formas de minúsculos foraminíferos o microscópicos cristales y vastos continentes en el fondo de los océanos o cirros ideales en las frigidísimas alturas de la atmósfera; ella concibe el cuello de un cisne y la piel del leopardo,

la flexibilidad de un gamo, el canto de un ruiseñor, el ala de un águila. La maravilla de un ojo, la inteligente volubilidad de la mano, la genial arquitectura del cuerpo humano son obra suya. Cuanto de grande y de bello han producido los mortales conserva los rasgos distintivos de la Naturaleza imitada. En este sentido ha de comprenderse el pensamiento aristotélico de que el arte es una imitación.

La Naturaleza crea perpetuamente y no conocemos todas las formas que existen ni mucho menos, cuantas formas han existido.

Cuando de seres extraños se trata suelen los escépticos atribuirlos a creaciones de la fantasía de los hombres—y de los hombres primitivos—como si los hombres disfrutasen de mayor poder creador que la Naturaleza misma, de la cual nosotros también somos hechura.

Si de feraces matrices ella ha sacado al mundo hombres y machos cabríos, no hay ley biológica alguna con prestigio bastante que se contraviniese con la aparición del sático.

El sático no fué una fantasía pagana,

fué un hecho tan real como el dinosaurio. Seres humanos lo conocieron y le dieron caza.

En la vida de Sila que escribió Plutarco se lee que «Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponía a marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio a Brindis; pero está allí cerca Apolonia, y a la intermediación de ésta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de hierba y de unos prados nacen diversas fuentes que de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo, se dice que cogieron un sático, cual los escultores y los pintores los representan, y que traído ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese más que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero».

Así, miedo sagrado en el alma de Sila puso en libertad a un cazador de ninfas.

R. BRENES MESÉN

Syracuse University, N. Y. U. S. A.

Torbellinos

HAY espíritus en formación, así como hay astros en formación. Hay espíritus que son torbellinos: se agitan sin cesar y giran vertiginosamente en torno de una idea o de un sentimiento, hasta que el huracán, que es su ley, les arrastra a girar en torno de una idea nueva, de un sentimiento nuevo. ¿Qué se llevan de cada uno de esos focos de que fueron satélites una hora? Un germen, que será mañana una flor.

Tales almas que ahora parecen inconstantes, sin carácter, versátiles, serán un día los ejes de un mundo; soles que servirán de sostén a un sistema; núcleos de vidas que nutrirán enjambres de almas, y a los cuales irán a pedir verdades y consuelos, los corazones doloridos y los cerebros atormentados.

Entre tanto, desconciertan, y su contacto hiere o lastima. Porque lo que todos desean y buscan en la vida, que es el reposo y la estabilidad, ellos no pueden darlo. Ni la amistad, ni el amor, ni el deber hallarán a su sombra sino un abrigo momentáneo. A cierta hora, en cierto instante, os darán un sorbo de agua límpida; mas si volvéis mañana a beber otra vez, su manantial se habrá extinguido; o más bien, sus aguas, corriendo escondidas bajo la tierra, habrán surgido en otra parte, distantes de vosotros.

Tales almas se desplazan y se transforman constantemente; no son perennes sino en el cambio; dan luz, pero su luz es como las puestas de sol, imposible de cristalizar en un solo matiz; cuando habéis hallado el nombre de su color, ya su color es diferente.

Incomprendidos, e incapaces de comprender, en apariencia, casi no producen más que dolor. Pero nadie sufre más que ellos: su conflicto perenne, su drama sin desenlace, es que si obedecen a su propia ley, no servirán para calmar los dolores de sus prójimos ni para desvanecer sus tinieblas; si se consagran a éstos y marchan a su paso, el torbellino que les agita se transformará en un suicidio lento y cruel, y cada uno de sus soplos agostará su propio corazón.

Nacieron solitarios, y únicamente la callada voz de la soledad puede expresar su pensamiento, y el oído del silencio puede únicamente oír sus quejas.

No son un río encajonado y disciplinado que se preste a mover las ruedas de un molino que dará el trigo a toda la comarca: son la inundación. No son el viento alisio que soplará dócilmente las velas de la barca donde navegan esperanzas e intereses; son la tempestad: su soplo refresca, pero derriba; su lumbre ilumina, pero

consume; sus aguas refrigeran, pero ahogan.

En verdad, *todavía no son*, y caridad sería, ya que no comprenderles, olvidarlos.

Pasad junto a ellos sin deteneros... Un día... ¿cuándo?... un día que sólo Dios conoce, os sorprenderá y os arrojará la suave y apacible luz de

Los hombres se han pasado la vida, en la sucesión del tiempo, dándole vueltas a la noria de sus ideas, de sus sistemas, de sus teorías. Cuando se tiene alguna experiencia, deja uno de sorprenderse por estos cambios, por estos *ricorsi*; y lo más que hace es buscarles alguna explicación.

El espantoso choque de que fueron víctima inmediata los pueblos de Europa, y cuya responsabilidad andan todavía lanzándose a la cabeza unos a otros sus gobiernos, nos ha traído a este período deplorable en que parece revivir con pujanza la viejísima teoría de la fuerza. Desde que Mussolini se suplantó al reyezuelo de Italia, los Mussolini de menor cuantía nacen como hongos acá y allá. Y desde que se vió caer, en los años sangrientos, a los hombres, como espigas que abate viento tempestuoso, se ha vuelto a mirar la vida humana como cosa baladí.

En torno de la práctica, se levanta siempre la doctrina. No se oye todavía abogar abiertamente por el homicidio político; no tenemos aún Maquiavelos de última hora; pero ya pululan defensores de la pena capital. Sea lícito a un escritor del tiempo viejo oponer siquiera sus argumentos a estos penalistas de fuerte brazo y duro corazón.

Deseo ahorrar a mis lectores rodeos innecesarios. La controversia sobre la pena de muerte se ha ensarzado por muy diversos vericuetos, y se han traído a colación desde las tablas de la ley del casi mitológico Moisés, hasta el nonato código penal que duerme el sueño de los justos en los cartapacios de nuestra Cámara. No hay que malbaratar el tiempo. Hay que ir al corazón del asunto. El hombre apetece la sangre. Debajo del barniz que cubre al civilizado palpita el espíritu homicida del piel roja cazador y poco menos que antropófago. Yo, juez, al ir a sentenciar a un reo bañado en sangre, me diría por lo bajo: «mírate por dentro».

Conviene decirlo y repetirlo hasta la saciedad. Si algo debe haber inviolable para la sociedad es la vida humana. Vivimos juntos para disminuir en lo posible los riesgos tremendos de la existencia. El mayor peligro es despertar la fiera que duerme en

un lucero que oscila levemente bajo un palio de seda con el fondo de perlas y las orlas de nácar. Lo contemplaréis horas y horas, y a cada instante será su luz más dulce, más tranquila, más suave, y su mirada os embalsamará el corazón. ¿Es Venus? ¿Es Sirio? No; es aquel torbellino, aquella tempestad, aquella inundación

Mi voto

(De *El Figaro*, Habana).

nuestro corazón. Creer que es una garantía eliminar violentamente al que amenaza nuestra pusilanimidad, cometiendo un crimen de sangre, resulta de una sencillez inconcebible. Y de una imprevisión espantosa. La ejemplaridad de la última pena es tremenda; pone de manifiesto lo fácil que es matar. Estoy encima, peso doscientas libras, eres una hormiga que me pica, y te aplasto. Es de una lógica al alcance de todos los espíritus. Para amansar al ser bravío que el apetito o la pasión lanzan contra su prójimo, me precipito en masa sobre él, y lo agarroto. Para que escarmienten los bravíos, me digo después, y se lo voy repitiendo a mis coadjutores.

En efecto, como el hombre es olvidadizo por naturaleza, cuando pasa un poco de tiempo, el terror se disipa, y el impulso funesto resurge poderoso. Porque, no hay que disimularlo, se ajusticia para amedrentar. Y aunque los anales de la humanidad están chorreando sangre desde los cadalsos, sin que se hayan amedrentado en lo más mínimo los posibles asesinos, seguimos aferrados a la idea de que el código penal debe tener por cristus una silla eléctrica.

No parecemos afectarnos por la idea terrible de que toda la máquina social, desde el aguacil hasta el sumo imperante, se alce contra un solo hombre aherrojado, y lo aplaste. Este ejercicio de la fuerza bruta es santo, aunque parezca monstruoso. Mira en él la justicia social que se yergue formidable, y te defiende... Mejor sería que se empleara en procurar la verdadera defensa, que consistiría en ir eliminando las causas constantes de ignorancia, de vicio, de miseria; en ir limpiando al hombre de la costra empedernida que acumula en su alma la mala organización de la sociedad.

¿Y mientras tanto? Mientras tanto, suframos lo que no hemos sabido remediar. Bajo el látigo de la necesidad, busquemos el remedio. Tratemos de impedir eficazmente el crimen; tratemos de ponernos a cubierto del cri-

que halló al cabo el reposo, y os viene a descifrar el misterio de su carrera, y a confiaros su secreto en palabras que son de miel, y con pensamientos que son de luz...

Esperad hasta entónces... Entre tanto, haced la caridad de olvidarlos.

A. MASFERRER

San Salvador, Otbre. de 1925.

minal. Reduzcámoslo a la imposibilidad de hacer daño. Mejoremos, perfeccionemos las prisiones; no para que sean salones de sport, pero sin que sigan siendo mazmorras de tortura. Hagamos de ellas lugares en que se custodie al reo, y cuando sea posible, en los casos en que sea hacedero, se le eduque o se le reeduce.

Lo más sencillo es matar, pero el mejoramiento del hombre no es sencillo. Amansar, domesticar, suavizar al ser abrupto que nos entregan los bajos fondos que se extienden en torno nuestro, a nuestra vista, junto a nosotros, resulta obra bien digna y bien necesaria y provechosa de esta semicivilización en que vivimos los más cultos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 1925.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

El hombre que era perro

EN uno de mis eternos viajes — me refería el señor Garduño — oí una de las «historias extraordinarias» cuyo misterio me ha hecho cavilar más... aunque, como es de suponer, nunca lo he descifrado. ¡Ni nunca espero descifrarlo!

A bordo del barco donde navegaba, en la ocasión, iban mejicanos: uno, el que me contó la historia, era original como pocos. ¡Ya es decir! No olvide cómo abundan en México las figuras originales: lo son en todos los sentidos posibles, mejores y peores... Pues este mejicano, joven todavía, de nombre raro que sonaba a japonés, había llevado una vida de peripecias curiosísima. Naturalmente había sido un oficial en una revolución. Pero tenía poco del tipo en que personificamos nuestra noción del militar de revoluciones. Era leído y curioso: la historia extraordinaria me la contó planteándome el problema extraño que implica.

—Sabrá usted — me dijo — que en México tenemos brujos indios a quienes el pueblo da el nombre de nahuales, ¡el nombre que en otro tiempo designaba a los ciudadanos del Imperio Azteca! ¿Cree usted en los fakires?

—Francamente — le dije, — no estoy convencido de su poder. Las hazañas maravillosas que de ellos se cuentan no me ha sido demostradas. Y son siempre unas mismas: desde que los ingleses llegaron a la India se repiten dos o tres fábulas, con ligeras variaciones. El último retoque, según parece, es afirmar que mientras los espectadores dominados por el fakir contemplaban escenas terribles, una cámara fotográfica retrata al dominador cruzado de brazos, imperturbable. Su compatriota Amado Nervo es de los que repiten la conseja.

—Muy bien: mientras menos crea usted en estas cosas, mejor me aclarará la verdad de lo que voy a relatarle. ¿Qué diría usted si conociera a uno de los nahuales nuestros? Ha de saber que se trasforman en animales...

—No creería nada.

—Muy fácil. Pero ¿qué diría usted si tres o cuatro personas le aseguran tener delante de sus ojos a un animal que usted no ve?

—Me figuraría que padecen una alucinación colectiva..., aunque no sé a punto fijo cómo ocurren esas cosas ¡sí es que ocurren!

—¿Y si de pronto también usted viera el animal?

—¡Amigo mío, es demasiado suponer!

—Pero supóngalo usted. ¡A mí, precisamente, eso me ha sucedido!

—Creería que acabaron por contagiarme con su alucinación.

—¿Y no creería que el animal existe?

—No lo creería.

—Pero si el animal existiera, si usted hubiera de convencerse de que existe ¿qué diría?

—Diría que estuve alucinado cuando no lo veía.

—Y si, ya convencido de que vió al animal, descubriera que realmente era un hombre quien tomaba aquella figura, ¿qué diría? Si el hecho resultara innegable — supongamos, — ¿cómo lo explicaría?

—Puesto a explicar, en la situación que suponemos, nunca creería que el hombre se transformó en animal: acudiría a la explicación que corre por ahí sobre los fakires, y diría que aquel hombre, por sugestión, compele a los demás a verlo bajo formas extrañas, sin que le sea necesario ¡ni posible! asumirlas en realidad. Pero narre su caso. Para suposiciones y concesiones, ya le hice demasiadas: vamos al hecho.

—Ya lo verá. Durante una revuelta, me tocó estar con una pequeña guarnición en un pueblo de la altiplanicie de México. Allí no pasaba nada; nos aburríamos. ¡No había enemigos en muchas leguas! Una de de las pocas cosas que allí me entretuvieron fué conocer las supersticiones del lugar: descubrí que para aquellos campesinos era artículo de fe el poder sobrenatural de los nahuales. En el pueblo vivía uno, justamente: se llamaba Catarino, — entre nuestros indios es común inventar formas masculinas de los nombres de mujer — y le gustaba transformarse en perro para robar. Lo conocí: en su apariencia, nada de extraordinario. Hay muchos indios como Catarino... Pero cuando menos esperaba yo que aquel personaje tuviera que mezclarse conmigo, comenzaron los soldados a murmurar que Catarino se robaba armas de nuestra guarnición, convirtiéndose en perro. Todas las noches rondaba nuestro improvisado cuartel un perro desconocido, al que nadie vio nunca de día. Apenas ocurría un descuido, se perdía un rifle, y ya no se veía al perro.

»Ordené vigilancia, y yo en persona me puse en acecho durante tres noches: no hubo nada; el perro no pareció más; las armas permanecían intactas y completas.

»Decidí entonces retirarme de la guardia nocturna... Días después me avisaron que recomenzaban los robos y corrían rumores de que Catarino, el nahual, a escondidas se llevaba del pueblo los rifles para venderlos en lugares cercanos.

—¡Imbéciles! — reñí a los pobres Juanes de la guarnición. — ¡Por creer en esas estupideces se dejan robar las armas! Se asustan de cualquier perro y ¡claro! Catarino, o quien sea, se aprovecha cuando los ve atontados y se mete a robar.

»Dejé pasar unos días, en que los supersticiosos soldados no atinaron a impedir nuevos hurtos, y una noche, cuando no me aguardaban me presenté en el cuartel. Serían las nueve.

—¿No se ha aparecido el nahual? — pregunté a los soldados?

»—No, jefe, pero a esta hora más o menos es cuando viene. Vea: vea por aquel caminito es por donde se aparece.

»Y me mostraron el sendero blanco de luna.

»No pasó largo rato sin que uno de los Juanes exclamara:

—¡Ahí viene!

»Los otros miraron hacia el camino blanco, y dijeron con la voz tranquila de nuestros indios, como si nada los conturbase:

»—Sí, ahí viene.

»—¿Dónde? — interrogué.

»—Allí. ¿No lo ve, jefe, *mero* en medio del camino?... ¿No ve el perro?

»—No veo ningún perro.

»—Pero sí, vea, jefe, ahí viene, viene para acá.

»—¡Están locos! — les grité.

»—Mírelo: ahora se paró debajo de aquel pino grande. Así se para siempre.

»—¡Qué locura más extraña! ¿Y si lo ven, por qué no lo matan?

»Todos bajaron los ojos; no se atrevían a intentar nada contra el nahual. Comprendiéndolo, les pregunté:

»—Si yo le tiro desde aquí ¿lo alcanzo?

»—¿Cómo alcanzar...

»Nadie dejó escapar la idea que en todos estaba: o el nahual era invulnerable, o, de no serlo, su venganza sería pavorosa y extraña.

»—Bueno, — insistí y preparé mi rifle, — voy a apuntarle, y ustedes me dirán si apunto bien. A ver, tú — al soldado más práctico en manejo de armas, — dime si estoy apuntando bien a la cabeza del endiablado perro.

»Me hizo el soldado las indicaciones que le pedí, y por fin me dijo:

»—Está apuntando bien, jefe.

»—¿Crees que lo mato?

»—Puede, jefe.

»—¿No se ha ido el perro?

»—Se está quieto, jefe.

»Hice el disparo. El murmullo de mis indios ¡siempre discreto! me indicó que algo sucedía.

»—¿Qué ha pasado?

»—Cayó, jefe.

»Miré hacia el camino, hacia el árbol: ¡nada! Decidí aproximarme,

»—Vamos a ver si se ha muerto el perro —dije a los soldados— o a que ustedes lo vean: yo no me figuro que veré nada.

»Pero no fué así: al llegar cerca del pino, me esperaba la más rara de las sorpresas. Ví claramente a un perro tendido al pie del árbol, un perro vulgar, mediano, ni grande ni pequeño, como los que abundan en nuestros campos y aldeas. Me acerqué: tenía una herida, que le sangraba, detrás de la oreja izquierda...

»Me fuí a acostar.

»Al amanecer, la mujer que me preparaba la comida, acudió a despertarme, alarmada.

»—¡Señor! ¡Señor! Que mataron al nahual...

»—¿A Catarino?

»—Sí, señor... Y dicen que usted lo mató.

»—¿Yo? Yo sólo he matado un perro.

»—Pero ya sabe... Anoche, después que usted le tiró desde el cuartel, llegó herido a su casa, y a poco murió.

»—¡Vaya! ¡Qué ocurrencia! Voy a ver qué es eso.

»—¡Ay, no! No vaya, señor, porque la mujer del nahual dice que ha de vengarse, y que ha de hacer que a usted lo maten, y que...

»Apresurado me vestí y llegué hasta la casa del brujo. La mujer, rodeada

de otras que plañían con ella, al verme se desató en gritos y amenazas. Sus palabras me convencieron de que me echaban encima aquella muerte y no me la perdonarían, sino me harían víctima de una venganza misteriosa. Decidí alejarme de aquel pueblo sin tardanza. Pero antes, entre la gritería de las mujeres, penetré violentamente hasta la humilde cámara mortuoria: Catarino estaba tendido, y en la cabeza tenía una herida, detrás de la oreja izquierda...»

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

1925.

(El Figaro, Habana).

Dramatis Personae:

EL VISITANTE, un Mister Norteamericano.
EL REVOLUCIONARIO, un profesor de Historia, Centroamericano.
EL REACCIONARIO, un Dueño de Tierras, Mexicano.

EL VISITANTE: No lo quiero decir para ofenderle, pero veo en el gobierno de ustedes más bien que falta de buena fe, impericia. La política no es aquí una carrera en toda forma, cosa que requiere preparación, sino ambición que se apoya en la oportunidad.

El Hombre honrado, entre ustedes, se esfuerza, una vez en el poder, por crear un pequeño programa, por comprender y resolver las necesidades del momento, pero no las ha estudiado antes: frecuentemente, ni siquiera se ha dado cuenta de su existencia; por manera, que a pesar de su honradez, por impericia, las más de las veces va al fracaso.

EL REVOLUCIONARIO: En parte tiene usted razón. En naciones ya formadas, como los Estados Unidos, la política es una profesión como la del abogado. La forma de gobierno es estable, y su funcionamiento regular. La labor del político es fácil, por lo tanto. Su actuación, en el mando, está ya trazada de antemano. Su obra no es creadora, sino rutinaria. Y cuando uno de los políticos de ustedes intenta romper la rutina, quebrar el molde, ustedes se vengán haciéndole trizas el corazón, como han hecho con Woodrow Wilson; o si una mayoría lo apoya, como la que apoyaba a Lincoln, el resultado es una guerra civil. En México, al fin y al cabo, con toda la impericia que se atribuye a sus políticos hay ciertos fines fijos, ciertos ideales, que sirven de guía, y por conseguirlos fielmente se prefiere abrir caminos en lo áspero, tropezando mucho, y no, por ir en trillado y sobre seguro, abandonarlos.

EL REACCIONARIO (Al Visitante): Ya ve usted, esto es lo que está echando al traste a México. Gente que se con-

Conversaciones verídicas

fiesa inexperta, pero que se empeña en imponer principios nuevos. Si no fuera trágica nuestra situación, resultaría ridícula. Imagínese que se les ha ocurrido a estos hombres de estado improvisados, distribuir la tierra, que todos tengan su parcela, como si eso fuera posible.

EL REVOLUCIONARIO (Al Reaccionario): ¿Y eso le parece a usted cosa nueva?

EL REACCIONARIO: ¡Y cómo no! Cuando el mundo era cuerdo sólo a los locos se le ocurría.

EL REVOLUCIONARIO: Los griegos del siglo siete antes de nuestra era elevaron a ideal esa idea...

EL VISITANTE: ¡Oh, yo no creo que esos griegos se preocuparan de estas cosas! Las inventó Karl Marx.

EL REVOLUCIONARIO: Karl Marx no compuso la Odisea.

EL VISITANTE: La Odisea es un poema; no tiene nada que ver.

EL REVOLUCIONARIO: La Odisea es un poema, pero no como usted se lo figura. El discurso de Edmundo Burke sobre la Conciliación con las Colonias que usted conoce, porque se estudia en sus escuelas, es una brillante pieza retórica, pero no sólo eso. Y así la Odisea es también más que una poesía vasta. La Odisea con la Iliada era la suma expresión en palabras de los ideales prácticos de los griegos.

EL VISITANTE: Pero no tiene que ver con la distribución de tierras.

EL REVOLUCIONARIO: Con eso y con algo más.

EL VISITANTE: Usted es poeta. Aquí en México hay muchos poetas. La poesía, mi querido amigo, está muy bien, muy bien, pero no es práctica.

EL REVOLUCIONARIO: Lo que usted entiende por poesía. Pero déjeme

leerle un pequeño trozo de la Odisea.

EL VISITANTE: Nos apartamos por completo del asunto, pero lea usted, yo le escucho, lea usted.

EL REACCIONARIO al ver que EL REVOLUCIONARIO saca un tomo verde con el escudo de la Universidad Nacional, se santigua y se va.

EL REVOLUCIONARIO: (Leyendo) «Rapsodia Sexta. Mientras así dormía el paciente y divino Odiseo, rendido del sueño y del cansancio, Atenea se encaminó al pueblo y a la ciudad de los feacios, los cuales habitaron antiguamente en la espaciosa Hiperea, frontera a los soberbios Cíclopes, varones altivos, que les causaban daño, porque eran más fuertes y robustos. De allí los sacó Nausítoos, semejante a un Dios: conduciéndolos a la isla Esqueria, lejos de los hombres industrioses, donde se establecieron; construyó un muro alrededor de la ciudad, edificó casas, erigió templos a los dioses, y repartió las tierras». ¿Verdad que parece que habla de México?

EL VISITANTE: ¿Cómo?

EL REVOLUCIONARIO: No se ofenda usted. Para los griegos tener una amplia visión era la mayor virtud; lo contrario era tener una visión estrecha. A los pueblos de estrecha visión dieron el nombre de Cíclopes. No era un insulto sino un calificativo muy propio. Hombres industrioses, pero de una visión tan estrecha que parecían tener un solo ojo. Este es el juicio de Homero sobre los que hacían el papel de norteamericanos en aquellos lejanos tiempos. ¡Qué cabal con el juicio sobre ustedes que emitió Rodó, el hombre moderno en quien encarnó la virtud griega de una visión más amplia!

EL VISITANTE: ¡Nosotros no tenemos visión estrecha!

EL REVOLUCIONARIO: ¿No? Su juicio sobre la poesía lo prueba, y toda la política internacional de su país. Ustedes son hombres industrioses, pero de visión estrecha, soberbios, altivos,

y que nos causan daño porque son un pueblo fuerte, una nación más robusta. Si pudieran los mexicanos emigrar lejos de ustedes, sus políticos, políticos a quienes usted critica, no titubearían en emular a Nausítoo y llevar a su pueblo a una Esqueria feliz.

EL VISITANTE (*Irónicamente*): No lo dudo.

EL REVOLUCIONARIO: Ni dude tampoco que el empeño de los mexicanos conscientes es realizar en México una nación tan amada de los dioses que nunca llegue aquí la guerra. Oiga usted... Habla Nausícaa, la hija del rey de los feacios. (*Lee*): «Ni nació ni

nacerá el hombre que traiga la guerra al país de los feacios, porque este pueblo es carísimo a los dioses inmortales». La política latinoamericanista no tiende sino a construir un muro que nos resguarde de ustedes a todos los pueblos latinos del continente; nuestra actividad por esparcir cultura es como la de Nausítoo por servir a los dioses, que a los dioses se les sirve mejor haciendo mejores a los hombres; y se quiere también que la tierra quede repartida, precisamente como reza en Homero, el más grande poeta de Grecia, quien quiera que haya sido.

EL VISITANTE: Me interesa mucho. Usted es muy inteligente. Debiera escribir esas cosas. En los Estados Unidos se paga bien a un buen escritor, usted haría un capital.

EL REVOLUCIONARIO: ¿Cuándo nos entenderemos? ¿No ve usted que aquí lo que me importa es hacer patria y no dinero?

EL VISITANTE: Pero sin dinero no se puede vivir.

EL REVOLUCIONARIO: ¡Otra vez, el Cílope!

SALOMÓN DE LA SELVA

(De *La Antorcha*. México, D. F.)

EL *chotis* se muere, afirman algunos escritores españoles. Y lo dicen con un dejo triste, como si al desaparecer el típico baile se fuera también algo del ayer. Lo que ocurre es que Madrid, el Madrid de Chueca, de Bretón, de Chapí, se internacionaliza, se hace cosmopolita, y con la invasión de las cosas modernas van atenuándose las viejas costumbres. Esto puede ser una calamidad, o un hecho sin importancia, según el temperamento o la idiosincrasia de cada uno. Los literatos, gente que no acostumbra a ver con buenos ojos las transformaciones colectivas, claro está que no pueden alegrarse de que en España el *chotis* haya venido a menos, aunque tengo para mí que la mayor parte de los que se lamentan lo bailan muy poco, o nada. Pero a los *chicos* de jarana, a los que asisten a los bailes desprovistos de preocupaciones sentimentales o históricas, y al danzar exigen solamente ritmo, alegría y una compañera guapa, la cosa no debe inquietarles.

Es algo parecido a lo que pasa en el trópico: ¿Quién en Cuba, a no ser las mamás siempre propicias a añorar el pasado, se lamenta de que ya apenas se oiga el danzón en las mansiones de buen tono y en los hoteles y casinos de moda? Sin embargo, allá la desaparición del baile vernáculo no debiera dejarnos indiferentes, entre otras razones porque el danzón es un baile perfectamente concordante con nuestro clima, lo que no ocurre con el fox-trot, que está hecho para los países fríos o templados, y luego porque hay una gran diferencia de técnica, de estética o postura, de ritmo, entre el danzón y las danzas importadas del Norte. Pero no es ese el caso del *chotis* al relacionarlo con el propio fox, con el tango, con el vals o con la *java*, que son los bailes que triunfan ahora en las playas elegantes y en merenderos y verbenas. Bailar un tango en mitad de la calle o en el campo, o bailar

La muerte del "chotis"

un *chotis*, es igual para los bailarines, ya que el esfuerzo que todas esas danzas exigen es más o menos el mismo. Para ellos, lo esencial es que puedan llevarse, como se dice en el *argot* de los bailarines.

Convengo en que los extranjeros que viajan por España piensen de modo semejante a esos escritores que se duelen de la desaparición del *chotis*, pues una verbena atronada por el ruido del *shymy*, llena de parejas que se agitan epilépticamente al son del *jazz-band*, no tiene el sabor, ni la gracia ni el encanto que tendría si no se bailaran más que *chotis* y paso-dobles. Pero este criterio de los extranjeros no vale la pena de tenerse en cuenta, porque si fuera por los extranjeros, Italia no sería más que un viejo Museo a donde irían a aburrirse de luna de miel todos los recién casados del planeta, Suiza un inmenso Sanatorio de tuberculosos, Francia un albergue de apaches y de mujeres frívolas, Cuba una suerte de vasto cañaveral poblado de indios que fuman grandes tabacos y duermen en cómodas hamacas entonando canciones tristes. Al extranjero le incomoda que la realidad no corresponda a la idea que él se formó en su patria de los países que recorre. Le parece que lo han engañado, como si la Compañía del transatlántico o del tren que lo condujo le hubiese estafado su dinero. La psicología del turista es contradictoria y absurda: si no encuentra confort en los hoteles o si un conductor de *taxi* o un maletero le cobra más de la cuenta, dice pestes contra el gobierno que lo acoge, protesta del atraso, de la incultura nacional. Pero si después encuentra que en otros órdenes de la actividad social aquel país es igual a todos, que ya no hay en él espectáculos «fuertes», visiones tremebundas, «color lo-

cal», entonces se va desilusionado...

Esto le explica a uno la actitud un poco despreciativa, irónica, de los italianos cuando ven invadidas sus calles por esas copiosas caravanas de turistas que, en una semana, pretenden ver las más ocultas bellezas de Florencia y admirar todos los monumentos de Roma. ¿Cómo ha de sorprendernos que uno de los primeros gestos de Benito Mussolini al ocupar el poder fuera declarar que él se proponía terminar con la Italia de los Museos?

Por lo que respecta a España, o al *chotis*, confieso que si yo fuera español, no me inquietaría lo más mínimo que el típico baile se excluyera de los lugares de regocijo. La característica de la civilización es la uniformidad. En un grupo de pueblos progresistas, forzosamente ha de vivirse de acuerdo con un patrón común. Y esto, que a la larga resulta si se quiere monótono, entraña no obstante cierta preparación, acusa flexibilidad espiritual para plegarse a fórmulas de cultura reconocidas y aceptadas como las mejores. Muy lejos de querer sostener con esto que sea precisamente el baile una actividad acusadora de progreso, y menos que él sea en sí, tal como hoy se practica, un símbolo de cultura. Examinado con detenimiento, acaso sería todo lo contrario. Mas resulta evidente que el no aceptarlo en la forma en que se practica en todas partes, nos permitiría por lo menos dudar de las condiciones de adaptabilidad, de preparación para otras exteriorizaciones más positivas del progreso de aquel pueblo que lo rechazara. De una sociedad moderna que se negara a dar carta de naturalización al fox, pretextando que deben seguirse bailando los mismos bailes que bailaban en su juventud los hombres que ahora tienen ochenta años, pudiera pensarse que, invocando idénticas razones, rechazaría también los aparatos higiénicos modernos, y el aeroplano, y el

automóvil y cuanto hemos decretado que es útil e indispensable en la vida contemporánea.

El fox, que ha cambiado la fisonomía de París, de Berlín, de Nueva York, ¿cómo podía detenerse en las fronteras españolas sin irrumpir victoriosamente en Madrid y en las capitales de provincia donde triunfan la despreocupación y el buen humor?

Sin embargo, no creais que en España, por el hecho de que se baile como en todas partes, se baile por eso con la misma intensidad que en otros pueblos de Europa o de América. El fox-trot, el tango, la java,

han hecho sus conquistas, han ganado todo el terreno que lógicamente debían y podían ganar. Pero en rigor, si el *chotis* muere en España no es porque haya sido substituído o reemplazado por los otros bailes, sino porque muere la afición al baile mismo. No ha habido suplantación de un baile por otro. Se ha secado una de las grandes fuentes de alegría de un pueblo alegre. Otro día veremos por qué.

J. DE LA LUZ LEÓN

La Coruña. España.

Tablero

=1925=

Alberto Guillén prepara una Antología de poetas jóvenes de América, que editará la casa CALPE de Madrid. Los jóvenes que quieran colaborar en tan loable empresa, diríjase al Sr. Guillén: Avenida Arica, 328. Lima. Perú.

Obras de Alberto Guillén, ejemplares disponibles:

Deucalion (verso). Madrid, 1921.

El Libro de las Parábolas (prosa). Madrid, 1921.

La Imitación de Nuestro Señor Yo (prosa), Madrid, 1921.

El Corazón infante (novela). Lima, 1923.

Laureles (verso). Lima, 1925.

Colaboraciones: De nuestro Brenes Mesén: *Noches Syracusanas*: 1. La trompeta prodigiosa. 2. Sentidos ocultos de las aves. 3. La prisión de un sátiro. 4. Longevidad misteriosa. 5. La muerte de Adonis. 6. «Las Canciones» de J. Torres Bodet. 7. La firma en el contrato de Fausto. 8. La claridad en la poesía. 9. Ambapalí.—De Alberto Guillén: Dos recortes: *Peruanicemos al Perú*, de J. Carlos Mariátegui y *La mujer del tranvía*, del señor Guillén.—De Raúl Silva Castro, en Santiago de Chile: *Androvar*, por Pedro Prado.—De Carlos Deambrosis Martins, desde la Habana: *El libro de un prócer dominicano: Federico Henríquez y Carvajal*.—De José Carlos Mariátegui, en Lima: Un recorte: *Panait Istrati*.—De don Jorge Guillermo Leguía, ahora en San José de Costa Rica: dos recortes: *El abanico de filigrana* y *Una canción más*, estrofas de Rafael Heliodoro Valle.—De Alberto Masferrer, en San Salvador: *Torbellinos. Cabemos, Hermano. Mamá, Papá*.—De Alejandro Alvarado Quirós: Un recorte de *El Comercio* de Lima: *El Ibero-americanismo*, por José León Suárez.

Libros recibidos de los Autores:

De don ENRIQUE GAY CALBÓ, (P. Lacoste, 52, Habana, Cuba): *La América indefensa*, La Habana, 1925.

De don ARMANDO BAZÁN, Lima: *La urbe doliente* (verso). Lima, 1925.

De doña M.^a CARMEN IZCUA DE MUÑOZ, Montevideo: *Frutal* (poesías). Madrid. Editorial MARINEDA, 1923.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Desde Constantinopla nos remite una postal nuestro admirado amigo don José Vasconcelos. Entonces (octubre 13 de 1925) se embarcaba para el Asia Menor. Ahora está en Viena. En diciembre próximo se hallará en París.

Comunicación:

REVISTA DEL IMPUESTO UNICO
ORGANO OFICIAL
DE LA LIGA ARGENTINA
Dirección y Administración: ESMERALDA 91

Señor Director
del REPERTORIO AMERICANO

Estimado colega:

Con el número 48, que recibirá con la presente, la *Revista del Impuesto Unico* cumple 4 años de existencia, durante cuyo transcurso ha logrado realizar regularmente los propósitos trazados en los días de su iniciación.

Constituye para nosotros un motivo de honda satisfacción verificar que al entrar en el quinto año podemos dar por asegurada la vida estable de nuestra publicación, y esto nos servirá de poderoso estímulo para perseverar en nuestra obra. Creemos que llenamos una misión útil, difundiendo los sanos principios de la ciencia de la economía política y fomentando el interés por el estudio de los problemas financieros y sociales que tanta importancia asumen en los momentos actuales y vemos con agrado que nuestra revista circula ampliamente, no sólo entre los partidarios de la doctrina económica que defendemos, sino también entre aquellos que aunque no participan de nuestras ideas, se dedican a la dilucidación de las cuestiones que forman la especialidad de la *Revista del Impuesto Unico*.

No olvidamos el valioso apoyo que continuamente recibimos de la prensa en general, y especialmente del órgano que Ud. tan dignamente dirige, que obliga nuestro reconocimiento, pues contribuye eficazmente al mejor conocimiento de nuestra publicación y al agradecerle cordialmente las amables palabras que le hemos merecido. saluda a Ud. con la mayor consideración,

JUAN B. BELLAGAMBA
Director.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

NINGÚN nombre ha sido quizá más respetado que el del doctor Miguel Samper ni habría otro alguno que se le antepusiese, cada vez que se trataba de ofrecer ejemplos de probidad pública y privada, de serenidad de espíritu, de civismo, de amor a la República, de imparcialidad y de justicia.

Este veredicto unánime de la opinión, pronunciado en vida del ilustre finado por todos los partidos y por todas las clases sociales, ha recibido plena confirmación después de su muerte; de tal modo que al tenerse de ella conocimiento no ha habido colombiano que no sienta que con el señor Samper ha desaparecido una de las más puras y más hermosas glorias de la patria.

Para nosotros, él ocupaba el primer lugar entre los hombres públicos de la actual Colombia: y al formular este concepto, no creemos incurrir en aventurada exageración; así como por unánime consenso se ha reconocido también que con Gladstone falleció el más eminente de los ingleses.

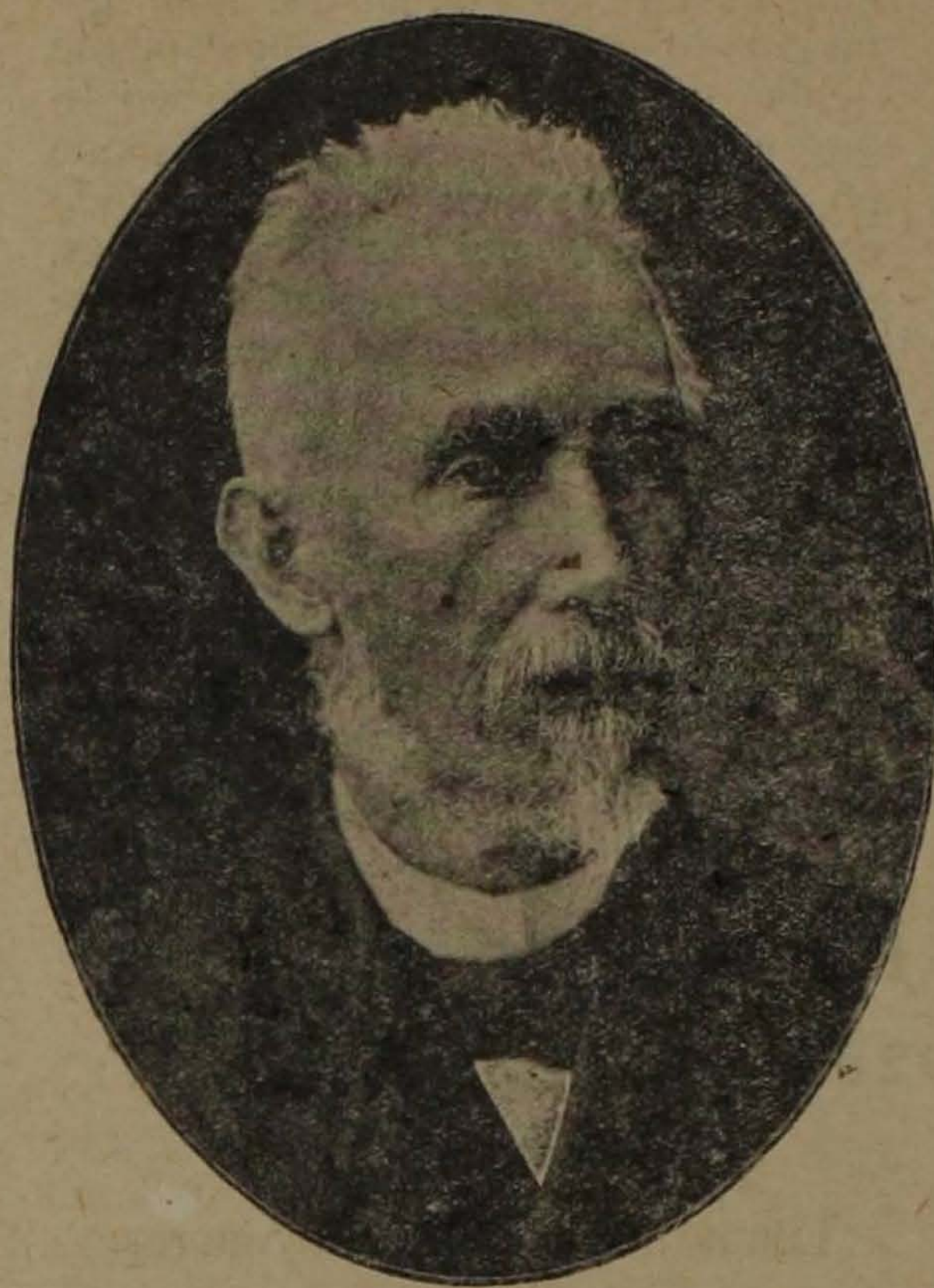
Y don Miguel Samper, era por todos conceptos, el Gladstone colombiano.

El estadista inglés no era en su patria ni el mejor orador, ni el escritor más popular, ni el más hábil parlamentario, ni el más afortunado jefe de partido, ni como hombre de ciencia figuraba tampoco en primera línea; pero sí era sin disputa el más sincero, convencido y abnegado batallador en pro de todas las grandes causas; el más enérgico y perseverante campeón de la libertad y de la democracia; el más encarnizado enemigo de todas las tiranías, desde la del gran propietario irlandés hasta la del sultán de Constantinopla; el más intransigente con las cábalas, intrigas y oportunismo de aquellos políticos que sólo buscan el éxito y las conveniencias de sus respectivas banderías.

Eso mismo fue entre nosotros don Miguel Samper durante su larga vida pública, que no conoció una contradicción, ni un desvío de la línea recta, ni una cobarde transacción con la iniquidad.

De ello son comprobación evidente sus numerosos escritos, parte de ellos recientemente coleccionados por él mismo, como si sintiera la necesidad de legar a las nuevas generaciones un testimonio vivo de cómo no ama a la patria el que no empieza por amar antes que todo la verdad y la justicia, y de cómo no puede ser buen ciudadano el que pretende ser siempre buen partidario.

Don Miguel Samper se llamó liberal;



Don Miguel Samper¹,
el gran ciudadano

pero no se contentó con darse ese nombre, que para muchos sólo es librea, cuando no disfraz de carnaval, sino que se propuso serlo, defendiendo siempre la libertad racional para todos, el derecho para todos, la justicia entera sin reservas ni distinguos.

Liberal fué, decimos, don Miguel Samper; pero liberal a la inglesa, amante de un progreso mesurado y pacífico, sin comprometer las grandes tradiciones religiosas y sociales de un pueblo. No fué eso el liberalismo en nuestra tierra, y por lo mismo, mientras aquel partido estuvo aquí en el poder, desde 1861 hasta 1884, no tuvo censor más severo, más constante y más valeroso que el señor Samper. Todo el proceso del liberalismo gobernante está formulado por él; y cuando se escriba la historia de las últimas épocas de la República, aquellos escritos serán compulsados como testimonios irrecusables.

Con la misma independencia de carácter y rectitud de juicio, el señor Samper ha dejado también protocolizado el proceso fiscal y político de la Regeneración, desde sus comienzos hasta la víspera de la muerte del escritor, puesto que él no soltó la pluma sino cuando el brazo cayó ya inerte, falto de vital aliento.

1. El día 24 de octubre del año en curso, Colombia celebró el primer centenario del nacimiento de este claro varón.

Por esta razón, el señor Samper no [figuró] nunca en primera línea en la política del país. Contribuyó, sí, mucho a la dirección de las ideas, pero no siendo, por la misma independencia de su espíritu, esclavo de ningún partido, tampoco pudo ni pretendió mover las pasiones e intereses de bandería en busca de determinado fin inmediato. Su apostolado fué más social que político.

En este apostolado, quizá la más vehemente y constante aspiración del señor Samper fué la de levantar, mejorar y aliviar la condición del pueblo bajo.

Fué, pues, un demócrata, pero demócrata cristiano, sin ribete ni tinte alguno de demagogia. Por lo mismo que amaba al pueblo, jamás lanzó una palabra para adularlo, para soliviantar sus malas pasiones, para despertar sus codicias contra los propietarios y los ricos. Por el contrario, ninguno de nuestros escritores públicos fué más franco que él, al estudiar las causas de nuestra miseria, poniendo de resalto los vicios, la pereza, la ignorancia, la mala fe de muchos de nuestros industriales.

Pero en cambio, tampoco hubo ninguno que como él se interesara, y tan deveras, en favor del indio oprimido y esquilado por todos los gobiernos, por todos los partidos, por todas las potestades. De ahí la permanente campaña que el señor Samper sostuvo contra el reclutamiento, contra el alto precio de la sal, contra las tarifas aduaneras que gravan inicualemente los géneros de consumo popular, contra los cacicazgos de los grandes hacendados, contra los monopolios, contra las loterías, contra el trabajo personal subsidiario en los campos; promoviendo al propio tiempo la educación pública, las cajas de ahorro, las asociaciones de obreros, la instrucción técnica, la introducción de máquinas y aparatos para facilitar y ennoblecer el trabajo de los menestrales.

También por su amor al pueblo, pero al pueblo entero, no a determinado gremio o localidad, fué el señor Samper enemigo esforzado de todo lo que trascendiera a socialismo y comunismo. Por eso combatió siempre, aun afrontando las iras de los artesanos de Bogotá, todos aquellos proyectos de tarifas llamadas protectoras, que en el fondo no son sino prohibitivas y monopolistas, destinadas a encarecer las manufacturas nacionales y extranjeras en provecho de unos pocos productores.

Inmensa fué la labor periodística del señor Samper; de tal suerte que

(Pasa a la página 170).

SE inspiran estas líneas en motivo sagrado: unos grandes ojos tiernos que se cierran, unas mejillas frescas y rosadas ayer que ahora palidecen, un corazón joven que se duerme...

En el aula escolar habrá hoy el mismo aire fresco entrando por la ventana, el mismo sol amigo tiñendo de paja cuanto a su paso se ofrece, la misma bondad de la mañana. Pero ya allí no se escuchará más el acento dulce de la joven de ojos grandes y tiernos, la de las mejillas sonrosadas y frescas, la amada maestra amiga cuyo corazón ya duerme. Y al comprenderlo así las pequeñas llorarán en silencio, se mirarán las unas a las otras con los ojos interrogantes, no dirán palabra, dejarán tras sí la puerta y un hondo sollozo quedará flotando en la estancia.

Unos grandes ojos tiernos que se cierran; unas mejillas frescas y rosadas, ayer, que ahora palidecen; un corazón joven que se duerme...

RUBÉN COTO

30.-X.-925.

Una mañanita la encontramos dormida en su cama blanca. Su cabeza tan noble se hundía suavemente en la almohada y sus brazos se entrecruzaban sobre el pecho. Lirios blancos eran su frente y sus mejillas, lirios morados las cuencas de sus ojos. No dormía, estaba muerta.

Así la vimos sus amigas, sus compañeras; y poco a poco la estancia se llenó de rosas, de jazmines y de azucenas.

Fuera, brilló el sol, y una lluvia fina y suave refresco la tierra, esta tierra a la cual debíamos más tarde entregar la muerta.

Bien preparada estaba ella para este viaje; consigo llevaba el morralillo de su dulce gentileza, de su lealtad probada, de su inteligencia sutil y de su humilde bondad.

A dejarla fuimos a la puerta misma de la Ciudad Serena, esa tarde otoñal de grises y purpurinos celajes. Y cuando la queda del Angelus sonara y la tumba se abriera para recibirla, nubes muy oscuras y muy densas ensombrecían el cielo infinito!

¿Por qué no brillaron las estrellas? ¿Por qué los fanales no iluminaron el firmamento?

Era que el dolor que del pecho arrancara la ausencia de la compañera querida y de la amiga incom-

Mencha González



En traza de campesina costarricense.

parable, formaba este velo de sombras, imponiendo a la Naturaleza, silencio, majestad y duelo.

Y, allí la dejamos, cubierta de rosas, de jazmines, de azucenas, hundida su noble cabeza en la almohada, cruzadas las manos sobre su gran corazón, como blancos lirios su frente y sus mejillas, como morados lirios las cuencas de sus ojos, porque Mencha no dormía... estaba muerta!

ANA ROSA CHACÓN

5.-X.-25.

5 de Noviembre de 1925.

Sonó la hora fatal en que debía truncarse una bella existencia llena de juventud y de encantos espirituales. Silenciosas, mirándonos con expresión de dolor, permanecemos ante la sentencia que el Destino tenía reservada a nuestra vida escolar: Clemencia ha desaparecido de nuestro

corro juvenil, dejándonos en el alma una eterna pregunta y una angustia no sentida hasta hoy. ¿Por qué esta bella flor ha sido cortada, así, súbitamente, cuando aún no había emanado de sí su perfume, lo suficiente para saciarnos? Fué siempre oportuna, nunca le pareció estar lo bastante cerca de nosotros; dejaba la impresión de ser fugaz, sutil. Clemencia fué una de las criaturas más privilegiadas en inteligencia y corazón; su amistad se saboreaba como se saborea una fruta dulce; fué leve, silenciosa a ratos, amable, pura, de inteligencia radiante de vivacidad, calmosa; ella sabía que su sér superior y angelical estaba por sobre las congojas y vaivenes de esta vida; vivía de su interior, y lo exterior parecía interesarle poco. Vidas como la de esta amada amiga, muerta en plena juventud debieran seguir su paso por el mundo para dulcificarlo todo; para calmar el ansia de los que en las rudezas del camino han escanciado las ánforas de la alegría; para hacer florecer otras vidas que necesitan el blando apoyo de una alma sensible y hermosa como la suya. Clemencia parecía no amar la vida; pienso que su sér, demasiado fino como el ala de un ángel, no podía luchar contra el dolor y los males materiales; había de ser muy pronto huésped de una mansión más digna de la transparencia de su alma. ¡Clemencia! Nuestra vida íntima escolar se estremece de dolor y de ternura al recordar

este nombre, suave como una caricia infantil! Ella era quien nos daba los mejores ratos con sus interesantes relatos e impresiones de su vida de escuela. Era esta dulce niña una narradora amena; pintaba tan a lo vivo y natural cada una de sus historias, que vanamente reprimiríamos el gesto de amargura y no podríamos secar de pronto la lágrima que sale al recordar todo lo que ella sabía contar. Se llevó este encanto que nos la hacía doblemente amada e indispensable. Más de una vez llegábamos a escucharla, atraídas por las risas de sus compañeras: «es un cuento de Mencha» oíamos decir a alguna; ¡ah Clemencia! ¡Qué de ocurrencias salían de esa inteligencia singular! ¡Mil veces lamentamos tan inesperada huida; si nuestro cariño fuera creador te daría otra vez la vida que valía un tesoro, querida Mencha! ¡Tu pérdida ha sido para nuestro grupo, la de un talismán maravilloso!

Clemencia, como maestra, poseía el don de comprensión de sus discípulas. Hojeando un diario suyo muy reciente, siento mi incapacidad para juzgar su labor. Me sorprende encontrar en ella un sentimiento de belleza notorio. Tenía una sensibilidad exquisita y una perfecta idea de la armonía, de la armonía en los colores, en el sentimiento, en la naturaleza. Educaba con el estímulo de los sentidos. Clemencia se internaba en el alma de sus discípulas. En una de las notas del diario de clases aparece esta maestra buena, invitando a sus alumnas a comparar la belleza de cada uno de los parques de la ciudad. «El Parque España, con su terraza desde donde se pueden contemplar en tibias tardes las puestas de sol»; un variado conjunto de colores llama su atención: el verde intenso del zacate que parece teñido con anilina; los vivos colores de los trajes de las mujeres, y el incendio raro de los celajes a la hora de la puesta del sol.

Juzguemos qué clase de joya falta hoy en nuestro tesoro: sabía enternecer y sabía entretener a grandes y a pequeños.

Dolorosamente recordamos en este momento que hace apenas unas pocas mañanas de asamblea en nuestra escuela, nos conmovió y nos dió la sorpresa con las palabras que brotaron de la sinceridad de su alma, al despedir a la compañera que se alejaba, y que era la nota alegre de la escuela. Dulce sorpresa nos causó su palabra elocuente y magnífica; hizo un elogio exacto y bien sentido de la compañera que se alejaba; ignorábamos hasta ese día que Clemencia poseyera el don arrebatador de la expresión limpia y excelente del lenguaje y del sentimiento; hoy, nuestra compañera, desde lejanas tierras sentirá la espina del dolor clavada en su alma al saber que la despedida se la hizo Clemencia a sí misma.

Una de las cosas a las cuales demostró una afición fué para narrar cuentos a los niños y a los grandes. Colaboraba en la Hora del Cuento que acogió don Joaquín García Monge en la Biblioteca Nacional; se me viene a la imaginación verla entrar allí los jueves.

Uno a uno podríamos sacar dentro de esa vida preciosa detalles que nos hacen amar con mayor intensidad su recuerdo. Motivo de sobra tenemos para sentir que falta una nota harmónica en nuestra vida escolar; vanamente buscamos a Mencha en estos rincones queridos; el Edificio Metálico es sagrado casi, porque encierra en sus aulas el acento dulce de su voz y la huella de sus leves pisadas!

HELIA DITTEL

Se fugó la Pastora

En la muerte de Mencha González,
Pastora Espiritual

¿Quién te cortó de la rama
que no estás en el rosal?

ALVAREZ QUINTERO

Pastorcilla mañanera,
hoy no fuiste a la pradera.
¿Qué será
que la brisa no ha batido
como siempre, sin ruido,
tu impoluto delantal?

Como un pájaro altanero
de alas grandes, tu sombrero
de percal
no desplegó la bandera
de tu hermosa cabellera
frente a la gloria solar.

Tu cayado enflorado
¿a qué rincón del olvido
fué a parar?
Tus ovejas ya no saltan,
están quietas, ya no exaltan
tus encantos al balar.

¿Por qué tu voz argentina
no alegró la matutina
claridad?
Pastorcilla... ¿A dónde has ido?
¿No respondes! ¿Se ha dormido
para siempre tu anhelar?

Pastorcilla que has dejado
en el prado abandonado
tu armiñado delantal...
salo ha quedado el rebaño.
¿Quién pudo hacer tanto daño
dejándolo en orfandad?

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

2 de noviembre de 1925.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz
y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Don Miguel Samper...

(Viene de la página 168).

no hubo cuestión alguna importante para el país que él no estudiara a fondo, hasta agotar la materia; aduanas, salinas, tierras baldías, crédito público, impuestos, vías de comunicación, ferrocarriles, canal de Panamá, bancos, Banco Nacional, desamortización de bienes eclesiásticos, importaciones, exportaciones, comercio interior y fronterizo, papel moneda y curso forzoso; sobre todo eso dejó el señor Samper estudios completos, llenos de datos y observaciones atinadas, que constituyen la historia fiscal y económica de la República.

Y es aquí de notarse que habiendo escrito tanto y sobre tan diversos asuntos, jamás se le vió enredado en polémicas personales, ni dejó escapar de su pluma concepto alguno injurioso para nadie. De los agravios recibidos hacía caso omiso, seguía imperturbable su camino, diciendo la verdad y combatiendo el error, fija de continuo la vista en la patria. De nuestros escritores públicos sólo sabemos de él, de don Mariano Ospina y de don Rafael Núñez que se hayan distinguido por esa nota de absoluta impersonalidad.

No menos admirable es el señor Samper por el valor de sus convicciones. Aunque culto y moderado en la forma de sus escritos, los ataques que él dirigía a las arbitrariedades de los gobiernos, a las malas prácticas y artes de los partidos, iban demasiado a fondo, para que pasaran inadvertidos por los que tenían en su mano los medios de tomar venganza en el momento oportuno. El señor Samper no ignoraba—y así lo decía—que cada una de aquellas campañas que sostenía en pro de los intereses comunes, era una letra girada sobre su casa de comercio, pagadera al estallar la próxima revolución. Llegado el plazo fatal, la letra era presentada y el girado—que no había cesado de trabajar por la paz—la cubría sin regatear, sin pedir siquiera término de gracia, y volvía tesonero y brioso a la labor.

En ella no se dió descanso, ni aun en los postreros años de su vida, cuando ya se sentía quebrantado y achacoso. Era presentarse una nueva e importante cuestión para el país, y al punto aparecía su contingente de experiencias y de luces. Sus últimos escritos sobre la prórroga a la compañía del canal de Panamá, se publicaron en los precisos momentos en que se preparaba a partir para Anapöima, herido ya por la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Pasma y admira tal vigor intelectual, en una edad que aquí sobreviene

si no la decrepitud sí por lo menos la indiferencia y la inercia. Sin duda el señor Samper tenía de su raza esa robustez de cuerpo y de espíritu, pues bien sabido es que sus hermanos todos se han distinguido como atletas del trabajo en diversidad de campos.

¿Y por qué se preocupaba tanto el señor Samper por las cosas públicas? Hombre acaudalado, de vida absolutamente independiente, ajeno a toda vanidad de lucir y parecer sin esperar nada de la política (fuera de las periódicas contribuciones de guerra),

rodeado de las cariñosas y solícitas atenciones de su familia y del respeto social, parecía natural que, a lo menos en el ocaso de sus días, buscara aquel blando reposo a que tienen derecho todos los que ya han abierto hondo surco en la heredad común. No lo juzgó así; su amor a la patria, que para él era madre, no consentía semejantes relajaciones egoístas. Tipo sobreviviente de aquellos hombres de las pasadas generaciones que no conocieron elogios, ni buscaron ruines medros en la vida

pública, robustos y enteros como los robles de nuestras montañas, el señor Samper se creyó siempre obligado a devolver con intereses doblados hasta el último cuadrante recibido de la patria amada. Eso es ser buen ciudadano; y como el señor Samper lo fué excelente entre los mejores, no hemos querido faltar a la justicia histórica al darle el dictado de grande, que la posteridad confirmará.

CARLOS MARTÍNEZ SILVA

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

En la tierra de Renán

3. La casa natal

El miércoles de cada semana es un gran día en Treguier: es el día del mercado, en que acuden, por todos los caminos, como en romería, a pie, a caballo y en carretas, los campesinos, y se juntan a vender y a comprar en la única plaza del pueblo. Si uno se acerca a ellos, no les entiende una palabra, porque el bretón es extraño a las fuentes clásicas. Los mercaderes se instalan al lado de la catedral y en torno del monumento de Renán, que es una acabada obra maestra de Jean Boucher, tanto por su concepción como por el genial arte escultórico.

Renán, sentado en un banco de piedra, de levita y con su sombrero bretón al lado, en la actitud campechana de hijo de pescadores, apoya la mano izquierda sobre un libro, y con la derecha agarra su tosco bordón, que se conserva en el museo de su casa natal.

Parece levantar la cabeza, cercada de sus largas melenas, y escuchar lo que le dice la diosa de los ojos azules, que lleva en el pecho la cabeza de Medusa, ciñe el gran casco, y las insignias de su divinidad, y con la diestra en alto corona a su elegido con la rama de oro. La actitud grave y solenne de Palas Atenea es realmente de una diosa.

El pedestal es de granito, rodeado de una verja de hierro, pintada de blanco, que cubre un espacio de cinco metros cuadrados, dentro del cual hay dos bellos árboles bretones que los vecinos riegan por las tardes. Sobre el pedestal, y al pie de la estatua, esta sola inscripción:

Ernest Renán

Né a Tréguier le 28 Fevrier. 1823.

On ne fait de grandes choses qu'avec la science et la vertu. La foi qu'on a eue ne doit jamais être une chaîne. L'homme fait la beauté de ce qu'il aime et la sainteté de ce qu'il croit.—E R.



Casa natal de ERNEST RENÁN en Treguier

Los mercaderes bretones no ignoran que el hombre que glorifica ese monumento es de su raza y de su terruño, y algunas bretonas, de las que llevan cofias más blancas, me han contestado al interrogarlas;

—Es verdad, señor, fué un sabio y un hombre bueno, pero no apruebo lo que hizo.

—¿Y qué fué lo que hizo?

La respuesta la hemos dado nosotros en el *Calvario de Reparación...*

«Lantreguer» y «Landreguer» antiguos nombres bretones de Tréguier indicaban los orígenes religiosos de la ciudad: «Lan», ermita, iglesia; y «Trégor», el nombre del país. San Tudual, con los bretones que huían de la isla de Bretaña, hoy la Gran

Bretaña, su patria, invadida por los sajones, vino a Armórica con su madre Pompaia, su hermana y setenta y dos solitarios. Recorrieron la región y se establecieron en el valle de Trégor, donde edificaron un monasterio. «Un campo sagrado, dice un cronista, de una o dos leguas, que se llamaba el Minihi, rodeaba el monasterio, y gozaba de las más preciosas inmunidades.» Toda la historia de este país se reduce a la historia de sus obispos y de sus monasterios. Aún después de la Revolución que asoló este país, y a principios del siglo XIX, de las ruinas se levantaron monasterios y seminarios, y al través de los siglos, y no obstante Waldeck-Rousseau y M. Combes y las Leyes de la Separación, el valle de Trégor sigue siendo el mismo país de rústicos labradores y pescadores y de lobos marinos, el mismo valle de almas, de peregrinaciones, de santos y de milagros.

Y hé aquí, en pocas palabras, el afortunado terruño donde tras una larga y misteriosa gestación de mil trescientos años, tomó forma corpórea, en un cuarto oscuro y húmedo, en completa miseria, ese espíritu de maravillosa selección que durante cincuenta años ha ejercido un apostolado de la más alta, noble y libre cultura en el mundo. ¿Cómo, de las raíces de este pueblo de marinos, labriegos y pescadores, cuyas características principales son la conformidad y la piedad, pudieron germinar la rebeldía y la impiedad de Renán? ¿Cómo pudo desarrollarse en este ambiente impregnado de quince siglos de cristianismo el sabio profundo y audaz y el maravilloso artista de la *Plegaria ante la Acrópolis?*

Después de un mes que vivo aquí, recorriendo el país en todas direcciones, y en contacto íntimo con esta gente, sedienta de infinito y de Dios, no he logrado, por más que lo he meditado, dar respuesta a esta pregunta, que

nunca contestará nadie, porque los secretos designios de la santa Naturaleza son inescrutables.

El día en que entré, por primera vez, a la casita donde nació y vivió su infancia Ernesto Renán, situada en la que antes se llamaba *Grand Rue*, y que hoy lleva su nombre, y al mirar el cuarto donde nació, el peor de aquel pobre hogar, y que hoy es la cocina, recordé en el acto aquella carta que de Tréguier le dirigió su madre cuando supo que el Instituto de Francia había laureado su primer ensayo: «Cuando tú viniste al mundo estábamos tan tristes (quiso decir pobres), que te posé sobre mis rodillas y lloré amargamente.» En aquellos tristes días de febrero de 1823, Magnalena Feger, madre de Renán, ante el temor de que sus acreedores hipotecarios y prendarios la arrojaran a la calle con sus hijos, había arrendado todas las piezas de su único techo y se había reducido a la cueva que nadie podía tomarle.

Desde que la Fortuna se apiadó de aquella familia, porque Henriqueta consiguió trabajo, Manón Feger abrió una mercería, con la cual pudo mandar a su hijo a la escuela. Instalada después en París, madame Renán arrendó su casa a una familia de panaderos, cuyos descendientes todavía hoy la ocupan, y pagan, más o menos, ochocientos francos anualmente, cuarenta pesos colombianos, más o menos. ¿Cuánto produciría la casita en 1823?

La casa ancestral de los Renán, que tuvieron por ascendiente a un santo bretón llamado San Renán, se ve aun hoy en Plourivo, no lejos de Tréguier, y se llama desde aquellos remotos tiempos el «Manoir de Keruzec en Traoudu». Son varios edificios de esta dura piedra de Bretaña, contruídos para resistir los largos inviernos, los huracanes y las tormentas de este rugiente mar de Armórica.

La casita natal de Ernesto Renán es también de piedra bretona, ajustada con hormigón, el cemento antiguo, y data de cuatro siglos en que ha venido transmitiéndose de padres a hijos. Es un edificio de dos pisos, fuera del suelo, y una especie de mirador alto con el cuarto donde estudiaba en su infancia el último hijo del lobo marino Filiberto Renán, quien, apenas nacido Ernesto, apareció en una playa desierta, arrojado por el mar, sin que hasta hoy se sepa la causa de su muerte.

Sin dejar de arrendar la casita, que heredó de su padre, Noemí Renán ha dedicado dos piezas para museo de objetos de familia. En la pieza del piso bajo, cuidadosamente colocados, vi una trenza de cabellos rubios cortada a Ernestico cuando lo pusie-

ron en la escuela. Ocho libritos, premios del Seminario. Tres medallas, premios Volney del Instituto de Francia. Un estuchito de marfil para escribir. El tosco bordón que usó siempre. La poltrona y la mesa escritorio de Rosmapamón, Molde, en yeso, de la mano derecha. Autógrafos de Renán, de su madre y de su hermana. Un pañolón o chal de Henriqueta (1839). Retrato al óleo de Cornelia Scheffer, esposa de Renan, a los veinticinco años. Retratos de familia. Copia del busto del maestro por Saint-Marceau, Fotografías del castillo de Clemensow, en Polonia, donde fue institutriz Henriqueta de 1840 a 50, y de la casa de Amschit y de la tumba de la misma Henriqueta. Diploma de maestra conferido a la misma el 3 de junio de 1835.

En la pieza alta, la más alta de la casa, donde estudiaba el niño seminarista, y que sólo se visita con la venia de Noemí Renán, se conservan: un curiosísimo pupitre, primer regalo que por su aprovechamiento y buena conducta en la escuela le hizo su madre, el cual tiene, bajo la tapita, escritas con lápiz, estas palabras: «Cadeau de ma bonne maman. Renán». El vademécum, la carterita de cuero y el cortapapel de la escuela. El uniforme de académico con el tricornio y la espada. Copia del busto del maestro, por Bersntomm. Un retrato de Cornelia Scheffer. Una jarrita de Manon Feger. Las insignias y joyas de la Legión de Honor. Un cuadernito de apuntes.

Desde esta pieza de la niñez de Renán se domina gran parte de los alrededores de Tréguier. Era de allí de donde miraba, del otro lado del río, el campanario de la capillita de Tredarzec, consagrada a la Virgen, y que habiéndose quemado en 1828, los campesinos continuaron venerando en el tizón negro que había quedado de la estatua.

El interior de la casita de Renán se compone de un jardincito y una huerta de legumbres. En el frente que da a la calle, sobre una placa de mármol negro, se lee esta inscripción, en letras de oro:

“Ernesto Renán

De la Academia Francesa, Administrador del Colegio de Francia, antiguo alumno del Colegio de Tréguier. Nació en esta casa el 28 de febrero de 1823”.

Al pie, un medallón con el busto de Renán, y dos medallones a los lados con los bustos de sus nietos, Ernesto y Miguel Psichari, muertos por la Francia.

Después de la casa donde nació, lo que más nos habla de Renán en Tréguier, es el claustro contiguo a

la catedral, maravilloso encaje de piedra construido en 1461. Su forma es cuadrilateral, con arcadas ojivales de cuatro columnas. De tres en tres arcadas se levantan elegantes contrafuertes unidos a la arcada principal. Una puerta de hierro, abierta en el muro que da a la plaza, y precedida de una gradería de piedra, da entrada al claustro.

Renán conservaba gratisimos recuerdos de ese antiguo claustro, que le recordaba su piadosa infancia y juventud. De él habla a menudo en sus obras, y siempre con honda emoción nostálgica: «La catedral tiene siempre su adorable ligereza. La hierba que crece sobre las viejas tumbas del claustro está siempre tan tupida, que habría podido creer que era la misma vaca la que pacía desde hace cuarenta años... Mi mayor pasión ha sido siempre el amor a la verdad. Deseo que se escriba sobre mi tumba. (Ah! Si ella pudiera quedar en la mitad del claustro! Pero el claustro es la iglesia, y la iglesia no me quiere), quiero, repito, que se escriba sobre mi tumba: *Veritatem dilexit*».

Entre las muchas leyendas que este pueblo, esencialmente supersticioso, ha forjado en torno de su hijo más ilustre, se cuentan la de la gaviota blanca, que vuela en torno de la catedral de Tréguier, tratando de penetrar al tabernáculo, y que, se dice, ser el alma de Renán, sacerdote malogrado, que a favor de las sombras quiere volver al santuario, donde se postró de niño, a decir su misa, y la más arraigada de que aún se pasea, estudiando, todas las noches, al rededor de su querido claustro, hoy completamente abandonado.

Muchas veces, en la soledad de estas noches de Tréguier, he subido las gradas de piedra, y, al través de la reja, mirado al claustro iluminado por la luna llena; ese claustro admirable donde la hierba verdea bajo un prodigioso silencio, y, he puesto allí el oído al menor ruido... Sólo la última vez, un gato negro que, con los ojos fosforescentes, atravesó, como de un salto, el patio, me hizo sentir el frío de la muerte...

CORNELIO HISPANO

Tréguier, 28 de setiembre de 1924.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Página lírica

de María Enriqueta

=Del tomo *Rumores de mi huerto. Rincones románticos*, por MARÍA ENRIQUETA. Imprenta de Juan Pueyo, Madrid. 1922.

Dos libros más que la fina y delicada poetisa mexicana ha tenido la bondad de remitirnos y que tanto le agradecemos: *Sorpresas de la vida* (Novelas). «Virtus». Buenos Aires; y *El secreto* (Novela). Editorial AMÉRICA. Madrid. Algunas de las novelas se reproducirán en este semanario.=

Petite chanson

En esa tarde
triste y glacial,
de oscuro cielo
cual turbia mar,
cuantos cruzaron
la soledad
del viejo parque
y en muda paz
me sorprendieron
junto a un rosal
que nadie ha visto
dar flor jamás,
pero que, amante,
su sombra da
al banco donde
fui a meditar,
de mí dijeron
con gran piedad:
—«En ese banco
¡qué sola está!...»
Y cuando luego
fuíme a vagar
por la ancha senda
donde no más
rompe el silencio
del encinal
la voz doliente
de la torcaz
que entre los árboles
buscando va
perdidos bienes
que no ha de hallar,
unos amantes
que oyendo están
la triste queja
de la torcaz,
cuando junto a ellos
me ven pasar,
a un tiempo dicen
con tierno afán:
—«¡Ay! por la senda
¡qué sola va!...»
¡Oh, dulce amigo!
tú y yo no más
sabemos toda
la realidad...
Cuando la senda
voy a cruzar,
no es sino engaño
mi soledad:
yo sé que tu alma
conmigo va...
Y cuando al banco
voy a soñar,
no estoy tan sola
bajo el rosal;
tu alma y la mía
juntas están...

Sendero olvidado

¡Olvidaste la vereda
que conduce a mi cabaña!...
Entre la oscura arboleda
de esta escondida montaña,
mi alma triste y huraña
a esperar la Muerte queda...
Ella, en otoño o verano,
tarde quizás, o temprano,
aunque esté, cual hoy, alerta
junto a la choza, el alano,
vendrá a llamar a mi puerta.
—como llamaba tu mano—.
Saldré a su encuentro, de prisa,
tal vez con una sonrisa
de las que eran para ti...
Y verá la aparición
al perro, junto de mí,
más fiel que tu corazón...
Y partiremos después,
y con la hoja que rueda,
marcharemos, ¡ay! los tres
por esa larga vereda
que recorrieron tus pies...

Méjico.

Mi carta

... Y la cierro, y en el sobre,
tras guardarla sonriendo,
escribo estas dulces frases:
«En su país, a mi dueño.»
Y después, enternecida,
la miro, le doy un beso,
la pongo en mi corazón,
y se la doy al cartero!
—¡Llévala al punto!—le digo.—
Llévala con todo empeño,
y cuida por las veredas
que no se la lleve el viento...
Si está serena la tarde,
cruza, veloz, los senderos;
no pases al ventorrillo
para pedir vino añejo,
que pueden correr las horas
charlando con el ventero.
¡Hazte cargo de mi angustia!
¡Ve de prisa, te lo ruego!
Pasa sin temor los vados,
sube las cuestas ligero,
no descances a la orilla
de los claros arroyuelos:
y si al cruzar por el bosque
te sorprende el aguacero,
entonces... bajo los árboles
aguarda un solo momento.
Cuida que el agua no llegue
hasta ese sobre pequeño,
que basta una sola gota
para borrar el letrero...

Y después, por las veredas
del bosque, sigue de nuevo,
sin descansar un instante,
sin detenerte un momento.
Y cuando baje la noche
con su solemne silencio,
no temas al asesino
que se oculta tras los setos,
continúa la jornada,
ve entre la sombra sin miedo:
dicen que un ángel piadoso
acompaña a los viajeros...
¿Oyes?... Pues bien: ¡a llevarla!
¡a llevarla con empeño!
¿Adiós, dices?... No, de prisa
márchate y vuelve... ¡Hasta luego!
¡Oh, mi carta! Vuela errante
por ignorados desiertos...
Allá va... cruzando montes
y sendas y vericuetos...
Allá van por los caminos,
errantes, mis pensamientos...
Vuelan hacia extrañas tierras,
hacia otros climas... ¡Muy lejos!...
Y mientras huyen, veloces,
yo pensativa me quedo...
¿Se habrá llevado mi carta
la corriente de un riachuelo?
¿Olvidada en una piedra
la habrá dejado el cartero?
¡Oh, quién sabe!... En las posadas
acaso la habrán abierto...
Acaso en estos instantes
alguien la estará leyendo,
y acaso... ¡acaso la estrujen
y la arrojen hacia el suelo!...
¡Ah! tal vez el remolino
entre el polvo la haya envuelto...
O tal vez hecha pedazos,
los desiguales fragmentos
como rotas alas giren
arrastrados por el viento!...
Y... ¡quién sabe! acaso... acaso
rendido ya, sin alientos,
al cruzar entre las breñas
haya caído el cartero...
Y acaso... de sed y hambre
esté allí tendido y muerto...
¡Oh! ¡cuántas dudas funestas
se albergan en mi cerebro!
¡Cuántos temores me asaltan
después que mi carta entrego!
Tras ella se va mi mente
cuando de vista la pierdo;
y pienso en ella en el día,
y por la noche... la sueño,
errante... por los caminos...
entre los bosques espesos,
por carreteras torcidas...
por sendas y vericuetos...

Nuevo Laredo.

El afilador

A LAURA RODIG

Ya viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay, decidle, por favor
cuánto su dulce estribillo
viene a aumentar mi dolor!

En esta triste calleja
oscura, sola y torcida,
con sus aleros de teja,
¿quién puede ganar la vida?
¡Que cierren pronto la reja,

no vaya por ella a entrar
buscando a la Rosalía
para ver y preguntar,
como pasó el otro día,
si hay tijeras que afilar!

No quiero en el corredor
de mi triste patiecillo
volver a oír el rumor
de su alegre caramillo.
¡Que no entre, por favor!

Este artista callejero
que luce bellas corbatas,
un exótico sombrero,
blusa de dril y alpargatas,
es un pálido extranjero

que mientras toca y camina
su afilador arrastrando,
nunca, al pasar, adivina
que ese són que va tocando,
es un són que me asesina...

En otras calles hermosas
más suerte pudiera hallar...
En el mercado de rosas,
las tijeras de podar
preciso es que estén filosas...

Y allá en las callejas bajas,
en tiendas y prenderías
llenas de curros y majas
que riñen todos los días,
siempre hay que afilar navajas...

Mas aquí, en esta escondida
callejuela silenciosa,
donde la hierba crecida
se mece triste y polvosa...
¿quién puede ganar la vida?

¡Ya es demasiado su empeño
en pasar junto a la reja!
Hasta en medio de mi sueño
oigo la burlona queja
de su airecillo risueño...

Ya viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay!, ¡decidle, por favor,
que afile pronto un cuchillo
con que matar mi dolor!...

Méjico.

Así dijo el agua...

En tanto que caía mansamente,
díjome el chorro en el pilón derruido:
«Del jardín de tu dueño aquí he venido;
hoy canté mis canciones en su fuente.

El rumor celestial de mi corriente
cosas tan dulces murmuró en su oído,
que el dueño de tu amor, agradecido,
ha puesto en mí sus labios, reverente...»

Dijo así en el pilón. El sol ardía,
eran de fuego sus fulgores rojos...
Y yo que en fiera sed me consumía,

al tazón me incliné y bebí, de hinojos,
ese beso que él puso en la onda fría,
y que nunca pondrá sobre mis ojos...

MARÍA ENRIQUETA

La juventud radical de Colombia y el centenario de Rafael Núñez

LA juventud que se educa en los
claustros independientes de la
asfixiante coyunda romana, no podía
pasar en silencio una fecha como
esta en que se trata de exaltar de
manera oficial, la figura tornasolada
y seca de Rafael Núñez.

Heridos los jóvenes con esta clase
de ejemplos que el régimen impe-
rante ha querido patentar como bue-
nos, reunen sus voces augurales y
fuertes para gritar a los oídos del
país su rotunda protesta contra la
única profesión de fe que los con-
servadores hacen para seguir gober-
nando a la República.

Son cuatro palabras hirvientes de
rebeldía y de amor por los nuevos
rumbos que la nación necesita. Nada
más elocuente que este manifiesto
de los jóvenes en el cual se trasluce
el temple de su recia contextura de-
mocrática y la bella promesa de que
habrá en Colombia días mejores.

Dice así el manifiesto de los jó-
venes:

¡A la juventud radical de Colombia!

Compañeros:

El partido conservador celebra hoy
ante la figura angustiada de la his-
toria el natalicio del padre de la re-
generación.

Las hordas fanáticas que recibieron
de sus manos impúdicas y pecadoras
las cadenas ominosas para atar la
justicia y la razón al madero ensan-
grentado de la tiranía espiritual y
política, rinden el homenaje de su ab-
yección al sombrío personaje que con
equilibrio de algebrista político y cual
nuevo tetarca presentara en plato
de ignominia la cabeza del liberalis-
mo a los conquistadores de las liber-
tades ciudadanas.

Compañeros: Juremos ante el altar
munífico de las ideas modernas y
bajo la sombra protectora de los exi-
mios varones que cayeron como bue-

nos y como grandes bajo el tacón
del absolutismo nuñista, revelarnos
contra esa ley que rompe el equili-
brio de la moral, abriendo un parén-
tesis de afrenta en la vida de la
República.

Bogotá, 28 de setiembre de 1925.

Julio Toro Gómez, Manuel Barriga
Latorre, Adolfo León Vélez, Carlos
A. Alvarez, Julio E. Eastman, José
J. González, Camilo Cruz Perdomo,
Camilo Durán, Raúl Ortiz, Jesús
Guzmán, Rafael Cruz Perdomo, Mi-
guel Angel Ospina, Max Santacruz,
Germán Cruz, Domingo Martínez,
Eustaquio Sánchez, M., Carlos He-
redia, Enrique Lozano, Daniel Ren-
gifo, Juan G. Passo.

(Siguen muchas firmas).

(El Diario Nacional, Bogotá).

Es Ud. chic y necesita un vestido de Frac o de Smokin, a la última moda?

ACUDA A LA

SASTRERÍA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GÓMEZ Z.

Cuenta con larga práctica y operarios
competentes para la confección
de trajes.

Precios los más económicos

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación
Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

ALBERTO Ghirardo y Andrés González Blanco editan las obras completas de Rubén Darío. La edición, a la rústica y en humilde papel, no hace honor al genio del gran poeta nicaragüense, pero no se puede hacer más en nuestra España. Nadie quiere pagar más de cuatro pesetas por un libro, aunque este sea del príncipe de los poetas modernos. Se lee poco, y, a la inversa de lo que pasa en los Estados Unidos, se compra menos de lo que se lee. Por otra parte, los editores españoles (son lo mismo en todo el mundo), se interesan muy poco por la cultura y por el pueblo. Lo esencial es hacer negocio. Pasarán muchos años antes de que hagamos allá estas ediciones magníficas que los editores norteamericanos entregan al público cotidianamente.

En cuanto al plan de los editores también tenemos que hacer algunos reparos. Desde el punto de vista artístico (han incluido en esta colección una infinidad de estrofas y de ensayos mediocres) la obra de Darío pierde muchísimo, porque estábamos acostumbrados a considerarlo como poeta altísimo, sin caídas, siempre lleno de gracia y elevación, y ahora, al penetrar en su obra anterior a *Azul* (1888) sentimos la amargura de reconocer al principiante rutinario, insignificante a veces. No creemos en los niños precoces y a la poesía de un genio de 11 años (a esta edad comenzó a escribir Darío) preferimos la obra madura de un poeta serio y de buen gusto. Desde el punto de vista bibliográfico y científico también deja la colección mucho que desear por cuanto ha dejado de incluir varios poemas, algunos de los cuales son bastante buenos.

Sin embargo, aplaudimos francamente los esfuerzos de estos recopiladores. Se necesita mucho desinterés para que estos dos artistas, dos creadores, se dediquen a coleccionar los trabajos de otro. Esta es labor de bibliotecarios, profesores y críticos. Demás de que la tarea es difícilísima en este caso. Darío, hombre errante y despreocupado, anduvo sembrando sus versos por cuatro continentes, y hoy, tanto se puede hallar un manuscrito suyo en poder de un negro bozal de Centro América, como en manos de un intelectual francés. Ahora sus poemas, como los huesos de Cristo y los clavos de la Cruz, tienden a multiplicarse y a subir de precio, saliendo algunos de ellos en pública subasta en estos países nuestros de cultura negativa. Hay que andar entonces con mucho cuidado en estas cosas a menos que nos den gatos por liebres. Afortunadamente no hay nada que temer de dos es-

Los primeros versos de Rubén Darío

El poeta a los doce años

píritus selectos como los de González Blanco y de Ghirardo.

El tomo primero de las obras completas nos trae el facsímil de la portada autógrafa, trazada por Rubén Darío, para su primer libro: *Poesías y artículos en prosa*. Se marca la fecha Julio 10 de 1881. En 1878 escribió Darío los primeros versos que aparecen en este volumen: *In Memoriam*, es decir cuando sólo tenía once años. Buscamos el famoso poema y nos encontramos con versos como estos:

El hombre ser afligido
viene aquí sólo a llorar;
mas su destino es tornar
al «Paraíso Perdido».

El camino
que le ha trazado el destino
es, amigo, corto, corto!

El es alondra que vuela
de su nido muy distante,
que pasa su vida errante
cual en los mares la estela.

Esto que para un niño de once años es un prodigio, es malísimo para quien aspire al nombre de poeta. Pero para el público grueso, acostumbrado a los poemas de Núñez de Arce y sus secuaces sonaba a perlas. El pobre Darío, con su aristocracia única, nos acostumbró a leer poemas impecables levantando cien codos el nivel de nuestra poesía. Si él no hubiera vivido, juzgando comparativamente, sus primeros versos serían hoy admirables, al lado de los de Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla y otros. Pero como en *La Rosa Niña*, *La Sonatina*, *Canción de Otoño en Primavera* y veinte más nos dió lo más exquisito que se haya escrito en lengua castellana, sus balbuceos infantiles nos causan cierto pudor. Nosotros habríamos quemado la mayor parte de los poemas que nuestro gran poeta escribió antes de 1888. Pero habríamos salvado de nuestro auto de fe cosas maravillosas. Aún no tenía quince años el precoz portalira cuando ya había escrito versos que cualquier poeta de su siglo habría firmado con orgullo. Zorrilla no habría desdeñado la estrofa que copiamos a continuación, y poetas de hoy como Manuel Machado se han enorgullecido más tarde con versos semejantes:

Si caballero, mi dulce amiga,
fuera de aquellos de arpa y loriga,

banda de seda, cigarra de oro,
lengua melíflua, cantar sonoro;
y si tú fueras amiga mía,
de alto castillo la castellana,
en noche umbría,
noche de vaga melancolía,
junto a las rejas de tu ventana,
linda sultana,
¿sabes lo mucho que te diría?

¿Acaso los precoces poetas ingleses Keats y Shelley han hecho cosas parecidas a los catorce años? Y yo dudo que pueda haber en toda la producción modernista (o romántica) un poema más espontáneo, más oloroso a campo, de más frescura que este *Del Trópico*:

Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz;
lós perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita,
junto a una piedra muele maíz...

Sonando un cuerno corvo y sonoro,
pasa un vaquero, y a plena luz
vienen las vacas y un blanco toro,
con unas manchas color de oro
por la barriga y en el testuz.

En estos versos sentimos el campo directamente, no como en los poemas amanerados de Meléndez Valdés «porque huele a tomillo» sino porque se nos mete todo entero por las pupilas y nos baña en la emoción que el poeta aprisionó en las estrofas.

El niño-poeta comienza imitando y abriendo sendas nuevas. Hay mucho de Campoamor, más de Becquer, algo de Espronceda en sus primicias literarias. Hay raras semejanzas con versos de Martí:

Mucho señora daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda.
Despacio la tendería,
callado la besaría.
Mucho señora te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuerpo desnudo.
Muy despacio la esparciera;
hilo por hilo la abriera.

(MARTÍ)

Rizos do la luz se quiebra
en sutiles resplandores.
¡Quién besara hebra por hebra
los suaves y tembladores
rizos do la luz se quiebra!

(DARÍO)

No necesito demostrar punto por punto la influencia de Campoamor en poemas como *Mundo Mundillo* y *Francisco y Elisa*. Además de la humorada (o dolora) contenida en

estos versos, nótese los principios estróficos iguales a los del viejo bardo español:

Francisco es un muchacho
tan bueno, tan amable, tan amigo,
que digo sin empacho
que es el mejor que tengo...

Pues, señor; don Francisco,
el seco, el matemático, el arisco,
tenía una vecina
muy hermosa, muy buena, muy ladina...

Un domingo en que él iba
ligero, calle arriba,
a la misa de diez (porque mi amigo
es un creyente acérrimo, católico,
exacerbado, místico, hiperbólico)...

Cielos! Es el amor divino fuego,
pero es un fuego fatuo, que muy luego,
por medio de mil pasos y deslices,
al hombre más sutil como al más lego
déjalo con un palmo de narices...

De este modo podríamos citar estrofas enteras calcadas sobre Campoamor. Y luego estamos seguros que la mayor parte de las frases, giros y vocabulario de estos poemas pertenecen al autor de *Doloras*. Y de Becquer, como es natural, tiene mucho nuestro poeta. Valgan las frases siguientes: «Yo adoré a una mujer con el fuego...» «¿Estoy loco?... No sé.»

Qué soy? Gota de agua desprendida
del raudal turbulento de la vida;
Soy... algo doloroso cual lamento...
Arista débil que arrebató el viento.

Y valgan los mismos modos de hacer:

Tembló en la flor la gota de rocío
entre cambiantes mil;
la besaron las brisas matinales
del perfumado abril;
y al brillar en Oriente la alborada
un reflejo de sol
evaporó la gota de rocío
con su vago calor.

Creció el infante de las crenchas rubias.
¡El hijo de tu amor!
Cinco veces miró la primavera.
y al cielo se volvió.

¡Misterio incomprensible de la vida!
¡Aliento del Señor!
Vínculo eterno que une con sus lazos
al niño y a la flor.

Y hay en este libro bastante de Heredia y de Quintana y de otros poetas del siglo diez y nueve que ya han pasado a un olvido justo y merecido.

Mas al iniciar tendencias nuevas, como producto de su fuerza milagrosa de asimilación, es cuando el

niño poeta se nos presenta como el verdadero prodigio de su tiempo. Desde su poema *Tú y yo* ensaya todas las formas métricas y aunque es todavía poeta convencional, ya anuncia un gran deseo de variedad. ¿Y no habéis notado en la obra de don Francisco Villaespesa estrofas cálidas y orientales como ésta?

Allá donde entre velos flotantes de oro y seda en el harem fascina la esclava encantadora, mientras amantes quejas en blando son remeda en manos de rawies la tierna guzla mora.

En la obra de juventud de Juan Ramón Jiménez—antes de su locura—encontraréis muchas bellas estrofas como las que a continuación se copian:

¡Fué en el campo! Ruborosa
estaba. ¡Pobre María!
y fué su primer amor
aquel que sintió la niña.

Después, en alegre noche
la vi graciosa y festiva;
y dila un botón de rosa
y ella me dió una sonrisa.

La niña de mis amores
es una cándida niña,
con unos ojos azules
como las aguas marinas.

Naturalmente que ni Jiménez, ni Machado, ni Carrere, ni aún Villaespesa querrán reconocer estas influencias de un niño de doce años y dirán que tanto el estilo de Darío como el de ellos vienen de común origen. Y si así fuera no podría negarse que el visionario nicaragüense, con su inaudito poder concretador, fué el primero en anticipar estos nuevos temblores de emoción estética, que más tarde iban a formar una escuela con su teoría y sus leyes.

Y ya es hora de explicar el nombre de PRECURSOR que hemos dado a este poeta en nuestro libro *Precursores del Modernismo*. El, al mismo tiempo que Casal, Martí, Gutiérrez Nájera, Silva y Díaz Mirón, inicia no sólo el movimiento modernista en nuestra literatura, sino que es el precursor de todos los escritores del futuro cuyo ideal artístico sea la única razón de ser. Su consagración definitiva al arte, su constante finalidad al ideal nos han dado el ejemplo más puro de elevación espiritual en los tiempos modernos.

Gran razón tenía nuestro poeta al despreciar la mulatez intelectual. Yo estoy seguro de que muchos de estos poetastros mulatos de Centro América y las Antillas sintieron los más vivos deseos de hacer desaparecer a este niño, que a la edad en

que muchos aún no saben leer superaba a los poetas más respetados de su siglo.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Texas, 1925.
Austin, Texas. U. S. A.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Rodolfo Otto: <i>Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.</i>	¢ 5.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermano Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdly: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerdly: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00
Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.	